

LUZBEL

Primero fuiste tacto y fuiste arena,
oh Luzbel generoso, después río
cabalgando mis sienes como un rayo
que riega de su luz todas las simas.

Primero fue tu amor por la palabra
la llama que prendió en mis pupilas,
tu cuerpo hecho lenguaje con sus signos
de tórrido alazán y buen augurio.

Tenerte así, Luzbel, era adentrarse
por la puerta mayor, entre los lilos
de azogue boreal, en los jardines
prohibidos del amor.

Cual si lloviera
un ascua de azafrán en tus cabellos
y Dios pusiera el cielo entre tus ojos
con su azul ultramar por deslumbrarme,
tenerte así, Luzbel, era presagio
de lumbre y redención y sed oculta.

Nunca cegara tanto la belleza
ni fueran más confusas las palabras,
pues que enfermar de ti tengo por dicha
o vivo a la merced de tu memoria.

Nunca fuera tan grave el desatino
ni terca la embriaguez por unos labios;
mas te juro, Luzbel, que ha merecido
la pena este dolor.

Que yo me tome
por trágico el azar es cosa mía,
mía la destrucción, mío el engaño;
tú nunca me mentiste. Siempre supe
tu nombre y profesión, tu edad exacta.